

# Las barbas vs. la Historia

Edgar Esquivel

I

Jacobo Zabłudovsky voló a La Habana en los primeros días de 1959: “Desde el golpe de vista súbito lo más original y llamativo de los guerrilleros eran sus barbas”. Y cual manda, quienes encarnaban en ese entonces la promesa del inminente “hombre nuevo” habían prometido cortárselas en el momento de la victoria. Jacobo cuenta lo anterior como quien asiste a una puesta en escena con personajes caracterizados de soldados que ostentan un accesorio innovador en su uniforme.

A decir del propio Zabłudovsky, consta en sus memorias inéditas que sobre ese particular le formuló una pregunta a un tal Ernesto Guevara, el mandamás en turno, pues Fidel Castro —a la sazón el átergo de la Revolución Cubana— aún no hacía acto de presencia en aquella urbe tropical. “¿Cuándo piensan cortarse los pelos y las barbas?”, cuestionamiento por demás oportuno puesto que había una promesa de por medio y un horizonte de cambios. Además de un presagio simbólico, pero funesto.

Es probable que el relato bíblico de Sansón y el alboroto de su mítica cabellera hubieran tenido en la mayor de las islas del Caribe una transformación bajo los auspicios del realismo mágico americano, negando no sólo tres veces, sino cuantas veces fuera necesario, la respuesta que cualquier Dalila buscara para saber el secreto de la fuerza de Fidel y sus barbudos. Pero una versión acaso más contundente (y no menos extraña) es la que resulta de las buenas conciencias de la Historia durante el siglo americano y que el escritor Enrique Vila-Matas refirió hace unos años como “el detalle del infiel”, a propósito de un análisis

de Jamie Malanowski en *The New York Times* por demás asombroso.

Resulta que, coincidentemente durante los últimos decenios, contra quienes han guerreado los estadounidenses no han sido únicamente los “enemigos de la libertad”, sino los devotos del vello facial (el *bigotismo*). Y sí, los ejemplos (densos o no) son inapelables: nuestro Pancho Villa, Hitler, Stalin, Castro por supuesto, Ho Chi Minh, Jomeini, Sadam, Osama. Por no hablar de K. H. Marx o de su inseparable Engels. Extraña y fatal animadversión: con certeza se cumplirá un siglo sin presidentes norteamericanos con barba o bigote (Vila-Matas precisa que fue 1913 cuando lo de W. H. Taft, el último ocupante de la Casa Blanca con pelos en la cara). Sólo una tragedia haría que Obama cambiara su imagen.

II

“¿Cuándo será eso?”. Guevara se vio (yo imagino) cercado por la colorida y *sorpresiva trivialidad* de la pregunta que le hiciera el periodista mexicano de tal forma que, con un talante que la posteridad suele endilgarle más de forma positiva al futuro icono de la mercadotecnia de la protesta, dijo: “De modo que nosotros llevamos dos años peleando en la sierra, de modo que hemos perdido a casi todos nuestros compañeros en la lucha, de modo que vamos a transformar este país y a usted lo único que le importa es cuándo nos cortaremos las barbas”.

Prometer no empobrece, dicen, ni altera la materia (no demasiado humana) de la que están hechas las leyendas. ¿Se puede ir contra el destino? ¿Cuál es la materia de la voluntad de los hombres? Me gusta la con-

vicción de Indro Montanelli, otro periodista de los que ya no se forjan, cuando lo de *Il generale Della Rovere*: “Hay momentos en los que es muy difícil decidir cuál es el camino del deber y del honor. Y nadie puede estar seguro de haber elegido el justo...”.

Pensar la Historia, la Verdad o la naturaleza de las cosas y de los hombres bajo una dualidad estrecha (lampiños y velludos) no nos aleja del blanco y del negro, pero vaya que da rienda suelta a la lúcida irreverencia. Si, como Émile Cioran lamenta, *todos somos unos farsantes desde el momento en que sobrevivimos a nuestros problemas*, ¿el claudicar o no ante el rastrillo —problema vital— sería la forma ejemplar de desacralizar dicha sentencia? *Ver las cosas como son hace la vida intolerable*. Y en el asunto estratégico (políticamente hablando) que implica ver un rostro limpio quizás haya mucho de metafórico sobre lo que deseamos o necesitamos ver.

En el más puro afán de abusar de la cita, no falta un Cabrera Infante: “De visita en la embajada cubana de Argelia el Che Guevara, buscando entre los libros de la exigua biblioteca argelina, el argentino encontró el *Teatro completo* de Virgilio, publicado por Ediciones R. Lo sacó como para hojearlo pero lo que hizo fue dirigirse al embajador, un comandante menor, con una frase agria: ¡Cómo tienes el libro de este maricón en la embajada! —y sin decir más lanzó el tomo al otro extremo del cuarto, estrellándolo contra la pared como un huevo huero que era purulento, virulento. El embajador se excusó de su lapso mientras echaba el libro al cesto de la basura”. Por el bien de todos, ¿es mejor suponer que dicho funcionario llevara en su rostro una barba bien cerrada? **U**